

dose sólo de acuerdo en este particular así el Gobierno francés como la oposición inglesa, bastaba para que no dieran crédito á sus protestas, y tuvieran por tanto igual interés en que permaneciese pobre y sin ejército. Entonces fué cuando entraron en negociaciones encaminadas á este fin aquellos políticos ingleses que habían profesado siempre y sucesivamente odio y mala voluntad á la supremacía francesa con Barillón, embajador de Luis XIV. El hombre más honrado, y respetado de todos por su integridad de cuantos había en el partido Nacional, llamado Guillermo, lord Russell, hijo del Conde de Bedford, no tuvo reparo en concurrir á ellas, ni en concertar con el ministro de un rey extranjero cuanto creyó necesario para entorpecer y dificultar los planes de su propio soberano, cometiendo por tanto un crimen. Pero aun cuando sus principios y su riqueza lo colocaban por sobre toda sospecha de sórdida codicia, existen razones muy fundadas para creer que algunos otros de los que concurren con él á las negociaciones no fueron tan escrupulosos. Injusto sería el acusarlos de haber aceptado dádivas y presentes en pago de algún daño que quisieran hacer á su patria, pues, por el contrario, á lo que aspiraban era ciertamente á servirla; mas no es posible negar que fueron viles é indelicados hasta el punto de consentir que un monarca extranjero remunerase sus patrióticas intenciones. Uno de los que no pudieron vindicarse nunca de esta imputación degradante, fué hombre á quien consideraron sus contemporáneos como personificación del valor cívico, y que, á pesar de sus grandes faltas morales é intelectuales, goza merecida fama de patriota, filósofo y héroe. Pero si aflige profundamente ver el nombre de varón tan esclarecido en la lista de los asalariados de Luis XIV, consuela mucho reflexionar que al presente

se consideraría perdido para siempre quien, dando de lado al decoro y al deber, no resistiera y rechazara con desprecio la tentación que triunfó del orgullo y de la virtud de Algernon Sidney.

## XL.

## PAZ DE NIMEGA.

Las intrigas referidas dieron por resultado que si bien adoptó Inglaterra en ciertos casos actitud amenazadora, permaneciera expectante hasta que acabó en 1678 la guerra continental, después de siete años de lucha próximamente, con la paz de Nimega. En virtud del tratado, las Provincias Unidas, que se hallaron en 1672 abocadas á completa ruina, ganaron honra y provecho; cambio milagroso que se atribuyó generalmente á la pericia y valor del joven Estatuder, quien alcanzó por ende mucha fama en Europa, y aun más entre los Ingleses, que lo consideraban como á príncipe de su familia real y se regocijaban de que fuera esposo de su futura Reina. La Francia conservó muchas ciudades importantes de los Países Bajos y la gran provincia del Franco Condado. La decadente monarquía española hubo de soportar, pues, todo el quebranto que causó la guerra.

## XLI.

## DESCONTENTO DE LOS INGLESES.

Pocos meses después de haber concluído la guerra continental, ocurrió en la política inglesa una crisis importante, preparada por los acontecimientos sucesivos de los diez y ocho años anteriores. Hacía ya mucho tiempo que la popularidad y el prestigio que rodearon á Carlos á su advenimiento al trono, con ser muy grandes, habían desaparecido, sucediendo al amor y al entusiasmo el desafecto y la tibieza; como que la opinión pública retrocedió en los años de su reinado lenta y seguramente todo el camino que recorrió de 1640 á 1660, y se hallaba en aquellos momentos en el mismo estado que al congregarse los diputados del Parlamento Largo.

Varias eran las causas del disgusto, y una de las primeras y más importantes, la de hallarse herido el orgullo nacional. Pues como la generación de aquel tiempo había visto durante algunos años á la Inglaterra aliada de la Francia, no satélite suyo, vencedora de Holanda y de España, señora de los mares, terror de Roma, y centro y cabeza de los intereses protestantes, alimentó la esperanza, ya que no disminuyeron sus recursos con la Restauración, de que continuara gozando del respeto y acatamiento de las potencias europeas, regida de un príncipe legítimo, cuyo prestigio robustecía el afecto y obediencia voluntaria de sus súbditos, cuando menos de igual modo que bajo el yugo de un usurpador, cuya vigilancia y energía

fueron insuficientes siempre para sujetar al pueblo rebelde. Mas no aconteció así, porque á causa de la imbecilidad y de la bajeza de su Gobierno, cayó de tal modo la Inglaterra, que cualquiera estado alemán ó italiano que pudiese poner sobre las armas un cuerpo de 5.000 hombres, representaba mejor papel en la república de las naciones que no ella.

Pero al convencimiento de la humillación nacional que todos tenían, se unía el temor que abrigaban de ver perdidas sus libertades. Rumores vagos aún, y acaso por esto mismo más alarmantes, atribuían al Gobierno un plan preconcebido para dar en tierra con cuantos fueros y derechos constitucionales había en Inglaterra. Decíase también que las armas del extranjero pondrían este proyecto en ejecución; y como la idea no más de ver invadido el territorio hacía hervir la sangre hasta en las venas de los Caballeros, no faltó quien, después de haber predicado siempre la doctrina de la obediencia pasiva en toda su extensión, se declarase partidario de poner ciertos límites á sus propias teorías, porque si el Rey llamaba á los extranjeros para imponer su voluntad al pueblo, añadían los antiguos predicadores de la pasividad y sumisión, ellos mismos no respondían de su propia paciencia.

Sin embargo, ni el orgullo nacional herido, ni la zozobra que causaba en la opinión pública el temor de ver en peligro la libertad, ejercían tanta influencia en el estado de los ánimos como el odio á la religión católica; odio que formaba una de las pasiones dominantes de la sociedad inglesa, y tan intenso y profundo entre las personas vulgares y profanas, como entre las ilustradas y convencidas; pues las crueldades del reinado de María, crueldades que, aun descritas por los menos apasionados y los más verídicos,

excitaban justa execración, y que no se relataban discreta ni exactamente nunca en los martirologios populares; las conspiraciones contra Isabel y, más que todas, la de la Pólvora, dejaron en la memoria de las gentes pavoroso recuerdo, que revivían y fomentaban con aniversarios, rezos, fuegos de artificio y procesiones. Agréguese á esto que las clases más adictas al trono, tales como el clero y la *gentry* del campo, tenían ciertas razones particulares de aborrecer la Iglesia Católica Romana; pues el clero temía perder sus beneficios y la *gentry* sus *abadias* y pingües diezmos. Mientras estuvo reciente la memoria de los *santos*, el odio al catolicismo cedió al odio que infundía el puritanismo; pero durante los diez y ocho años trascurridos desde la Restauración, cedió éste y subió de punto aquél; y como, aun cuando no se conocían con exactitud sino de muy escaso número de personas las estipulaciones del tratado de Dover, circulaban ciertos rumores y sospechas en orden á su texto, estaba en la conciencia de todos que se hacían los preparativos necesarios para descargar un golpe tremendo al protestantismo. Muchos suponían que se inclinaba Carlos á favor de los católicos, y se afirmaban en esta creencia, considerando que su hermano y heredero presunto era católico, apostólico, romano, fanático; que la Duquesa de York murió católica, y que Jacobo, á pesar de las representaciones de la Cámara de los Comunes, había casado por segunda vez con otra católica (1) romana, siendo probable que si nacían hijos varones del nuevo matrimonio, los educaran en la religión católica, inaugurándose por tal modo en el trono de Inglaterra una larga serie de príncipes hostiles á la religión establecida. Recordá-

(1) La princesa María de Módena.

base también que recientemente se había violado la Constitución, á fin de exceptuar á los católicos romanos de las leyes penales promulgadas contra ellos, y que el aliado extranjero, inspirador de la política inglesa, era, no solamente católico, sino perseguidor de las Iglesias reformadas. No deberá, pues, parecer extraño que en aquellas circunstancias pareciese dispuesto el pueblo á temer una invasión, por decirlo así, de catolicismo, y con ella la vuelta de los luctuosos tiempos de la que llamaba María la *Sanguinaria*.

Hallándose la nación inglesa en aquellos momentos tan agitada y preocupada como queda dicho, y en tal disposición de ánimo que la más leve chispa hubiera sido bastante á producir en ella un incendio, cayeron dos, lanzadas de dos lados opuestos, sobre la masa enorme de materias inflamables que contenía, y luego al punto ardió por todas partes.

## XLII.

### CAÍDA DE DANBY.

La corte de Francia, que tenía fundados motivos para conocer la enemiga de Danby á los Franceses, fraguó hábilmente su ruina, logrando hacerlo pasar por amigo encubierto suyo. Y á fin de conseguir su objeto más pronta y eficazmente, se valió Luis de Rodolfo Montague, hombre sin conciencia ni decoro, que había residido en Francia en calidad de Ministro de Inglaterra, para que llevase á la Cámara de los Comunes las pruebas de que el lord Tesorero se hallaba complicado en peticiones pecuniarias hechas

por la corte de Whitehall á la de Versalles. Lo cual hecho, produjo sus naturales efectos, y Danby quedó, por tanto, á merced del Parlamento, que lo castigó, no por su falta, sino por sus méritos precisamente; es decir, no por haber sido cómplice en transacciones criminales, sino por haber sido cómplice poco servicial y dadivoso. Y como ignoraban sus contemporáneos las circunstancias que atenuaban su falta en gran modo á los ojos de la posteridad, y á los suyos aparecía como agente de los tratos que pusieron á Inglaterra á merced de Luis, era evidente que había llegado el término de su valimiento y poder, y dudoso que pudiera salir del trance con vida.

## XLIII.

## LA CONJURA CATÓLICA.

Empero con ser mucha la efervescencia producida en el país por este descubrimiento, no fué nada si se la compara con la que causó el rumor de haberse descubierto una gran conjura católica. Es el caso, que un tal Tito Oates, eclesiástico anglicano, que por efecto de su vida desordenada y de sus doctrinas heterodoxas mereció censuras y amonestaciones de sus superiores espirituales, como hubiera de abandonar su beneficio, se dió después á la holganza. Durante algún tiempo hizo alardes de católico romano, y aun es fama que cursó en colegios ingleses de la Compañía de Jesús, en el continente; y como había oído en los seminarios muchos rancios discursos acerca de los mejores medios que podrían emplearse para restituir

al redil de la verdadera Iglesia la descarriada Inglaterra, construyó con y sobre ellos una repugnante novela, más parecida en todo á los delirios de un calenturiento que á la realización de sucesos posibles en el mundo real. El Papa, según él, había confiado á los Jesuitas el gobierno de Inglaterra, y éstos, á su vez, nombrado por medio de credenciales, autorizadas del sello de la Compañía, para desempeñar los más elevados cargos de la Iglesia y del Estado á eclesiásticos, nobles y caballeros católicos. Los *papistas*, que hacía poco incendiaron á Londres, habían intentado más recientemente quemarlo segunda vez, y en aquellos momentos mismos meditaban el proyecto de poner fuego á todos los buques del Támesis; hecho lo cual, y en el momento preciso, como que obedecían á una consigna, se levantarían en masa y darían muerte á sus vecinos protestantes. Al propio tiempo desembarcaría en Irlanda un ejército francés, serían asesinados todos los hombres políticos y los teólogos eminentes de Inglaterra, y se pondría en ejecución uno de los tres planes fraguados para quitar la vida al Rey, esto es, cosiéndolo á puñaladas, envenenándolo por medio de una pócima, ó disparándole con balas de plata.

Tan excitada se hallaba la opinión pública, de suyo susceptible, de los Ingleses, que con ser groseras y vulgares las patrañas forjadas de Tito Oates se acreditaron en el vulgo sin tardanza. Pero si las personas discretas no hicieron lo propio, dos sucesos, ocurridos á poca distancia uno de otro, pusieron, aun á los más discretos y reflexivos, en el caso de sospechar que si en la historia de Oates había indudablemente mucha exageración, también podía existir cierto fundamento. Pues como denunciaba el libelo de Oates á varias personas, y entre ellas á Eduardo Colemán, católico

de no muy limpia fama, intrigante y activo, y se hiciera un registro en sus papeles, se advirtió que acababa, en el momento de llegar los agentes de la autoridad, de destruir la mayor parte de ellos; siendo lo más grave del caso que algunos de los que no acertó no pudo esconder ó quemar, contenían ciertos pasajes que, leídos por personas cavilosas ó preocupadas, parecían confirmar las palabras de Tito. Pero si bien estudiando friamente los papeles hallados en casa de Colemán no puede inferirse otra cosa sino la esperanza que debía excitar naturalmente las predilecciones del Rey, las de Jacobo, más acentuadas todavía, el estado de los negocios públicos y los vínculos que unían la Inglaterra á la Francia, en el ánimo de un católico profundamente adicto á los intereses y prosperidades de su Iglesia, como no se hallaban los Ingleses entonces en estado de apreciar con calma papeles de católicos, dijeron luégo, no sin ciertas apariencias de razón, que si los papeles que consideró sin verdadera importancia el culpado contenían conceptos tan sospechosos, los que destruyó cuidadosamente por el fuego debían contener algún gran misterio de iniquidad.

Pocos días después cundió la noticia de que sir Edmondsbury Godfrey, magistrado eminente, que recibió las declaraciones de Oates contra Colemán, había desaparecido. Buscósele, y se halló su cadáver en un campo, cerca de Londres, con señales de muerte violenta, y pruebas de no haberla recibido de mano de ladrones. Mas, aun cuando hasta el día no ha logrado averiguarse cuál fué la causa verdadera del trágico fin de Godfrey, atribuyéndolo unos á él mismo y otros á venganza de algún enemigo particular, es la más improbable de todas las suposiciones la de que fuese asesinado por el partido contrario al Gobierno,

para dar carácter de certidumbre á la historia de la conjura; siendo acaso la única que se acerque á la verdad que cayese á manos de católicos exaltados, á quienes enfureciera las imputaciones de Oates y los insultos de la muchedumbre, y que no haciendo diferencia entre el acusador perjuro y el magistrado inocente y recto ejercieran en él una venganza, usual, por desgracia, en las sectas perseguidas. Si aconteció así, mucho debió pesar después al asesino la comisión del crimen, porque la capital y toda Inglaterra enloquecieron de odio y de miedo. Las leyes penales, que comenzaban á caer en desuso, se aplicaron con rigor; los magistrados no daban vagar á las pesquisas domiciliarias y á la recogida de papeles, llenándose con esto de católicos las cárceles; Londres tomó el aspecto de una ciudad en estado de sitio; la Milicia permanecía sobre las armas todas las noches; se preparaban materiales para levantar barricadas en las grandes vías públicas; numerosas patrullas recorrían las calles; pusieronse cañones alrededor de Whitehall; ningún ciudadano se creía seguro si no llevaba consigo armas para defenderse de los sicarios del Papa; el cadáver del magistrado, muerto tan misteriosamente como queda dicho, fué puesto al público durante algunos días, acudiendo inmensa muchedumbre á contemplarlo, y luégo se le dió sepultura con ceremonias extrañas y terribles, que antes demostraban el terror y la sed de venganza, que sentimiento y esperanza religiosos, y las Cámaras exigieron que se apostaran guardias en los subterráneos del edificio y debajo de la sala de sesiones para evitar así el estrago de alguna nueva conspiración de Pólvora (1). Todas las medidas

(1) Véanse Lingard, *Historia de Inglaterra*, y Macaulay, *Essays*, tomo II, ed. Tauchnitz.—N. del T.

que adoptó el Parlamento en aquella circunstancia revistieron el mismo carácter. Pues como desde los tiempos de Isabel era exigible á los diputados el juramento de supremacía, y no pocos católicos se hubieran concertado de modo que pudiesen prestarlo sin escrúpulo merced á la interpretación que le daban, se añadieron palabras al antiguo, que lo hacían más estricto, quedando excluidos del Senado y por la primera vez los lores católicos. Se adoptaron medidas rigurosas con la Reina; la Cámara de los Comunes acusó é hizo encarcelar á uno de los secretarios del despacho por haber refrendado nombramientos á favor de individuos que no gozaban fama de buenos protestantes; acusaron de traición al lord Tesorero, y hasta quisieron arrancar de manos del Rey, olvidando la doctrina que profesaron con tanto entusiasmo en épocas anteriores, y en ocasión que se hallaba fresco y vivo en la memoria de todos el recuerdo de la guerra civil, el mando en jefe de la milicia. Diez y ocho años de mal gobierno trajeron á este punto al Parlamento más monárquico de cuantos ha tenido Inglaterra.

Acaso parezca extraño que, á pesar de ser muy graves las circunstancias, se atreviera el Rey á recurrir al pueblo estando éste más enojado aún que sus representantes, pues con estar la Cámara baja no nada satisfecha, contaba mayor número de Caballeros que podía reunir otra que le sucediese. Sin embargo, persuadido Carlos de que la disolución en aquellos momentos sería eficaz á detener los procedimientos incoados contra el lord Tesorero, en virtud de los cuales se pondrían tal vez de manifiesto los culpados manejos de su alianza con el Francés, quedando él descubierto y comprometido, disolvió, el mes de Enero de 1679, la Cámara que funcionaba desde principios de 1661, y firmó el decreto para proceder á elecciones generales.

## XLIV.

## PRIMERAS ELECCIONES GENERALES DE 1679.

Durante algunas semanas fué la lucha reñida, tenaz y sin ejemplo. Cantidades de dinero infinitamente más considerables que las empleadas hasta entonces en trabajos electorales sirvieron á estimular el celo de las masas. Los beligerantes recurrieron á nuevos medios de ataque y defensa; comenzó en aquellas elecciones memorables la costumbre de dividir las propiedades para multiplicar el número de votos; el alquiler de los caballos para trasladar electores de una parte á otra subió de una manera fabulosa, si hemos de dar crédito á los libelistas de la época; los predicadores disidentes, que habían permanecido tranquilos y silenciosos, alejados del bullicio, en lugares apacibles, para evitar mejor las persecuciones, salieron de sus retiros, y fueron por las aldeas excitando el celo del pueblo disperso de Dios; y por tal modo, y como la opinión pública se declaraba contra el Gobierno, muchos de los nuevos elegidos acudieron á Westminster animados de propósitos no muy diferentes de los del Parlamento que mandó á la Torre de Londres á Strafford y á Laud.

Entretanto, los tribunales de justicia, que hubieran debido ser, en medio de las agitaciones políticas, puerto de refugio para los inocentes de todos los partidos, se deshonraban ofreciendo el espectáculo de pasiones más bajas y corrompidas aún que las del cuerpo electoral en aquellos momentos. Pues, como la novela de

Oates, eficaz á producir escándalo y trastornos en Inglaterra, fuese insuficiente á probar el menor delito, porque la ley exigía dos testigos al efecto de proceder contra los acusados de alta traición; y el éxito del primer impostor, que logró elevarse merced á su obra, en pocas semanas, de la miseria y la oscuridad á la opulencia y á esa notoriedad singularísima que para las almas depravadas tiene la seducción de la gloria, y lo que aun es más, al ejercicio de una manera de poder temible á los nobles y á los príncipes, causara sus naturales consecuencias, tardó poco en presentarse una turba de imitadores y rivales.

En efecto, un miserable llamado Carstairs, que ganó la vida en Escocia siendo espía en los conciliábulos presbiterianos y delatándolos después, abrió la marcha, siguiéndolo de cerca un tal Bedloe, pícaro de cuenta. No bien aparecieron estos dos malvados en la escena, comenzó á salir de todos los lugares sospechosos de Londres una muchedumbre de testigos falsos dispuestos á comprometer bajo su juramento la vida de los católicos romanos. Esta turbamulta de tahures, rufianes y trampistas acudió, pues, cada cual con su novela, diciendo uno, que debía reunirse en la Coruña un ejército de treinta mil hombres disfrazados de peregrinos, y que desde allí se darían á la vela para el país de Gales; otro, que le habían prometido los católicos canonizarlo y darle, además, quinientas libras esterlinas si quería matar al Rey; y aquel, que hallándose en una fonda de Covent-Garden oyó jurar á un gran banquero católico delante de cuantas personas había en el comedor que quitaría la vida con sus propias manos al déspota heresiarca. Lo cual visto de Oates, para que ninguno de sus imitadores lo eclipsara, exornó su primitivo relato de muchas perfecciones, y tuvo, entre otras, la impudencia de afirmar que hallándose

oculto tras una puerta entendió decir á la Reina que consentía en el asesinato del Rey. Con ser absurdas y groseras por extremo estas novelas, el vulgo les daba crédito, y los jueces fingían asentir á ellas, por ser hasta los principales del Reino corrompidos, crueles y cobardes. Y como los jefes del partido Nacional fomentaban el error, y los más respetables se hallaban de tal modo influídos de la opinión que no dudaban de la veracidad de tan inicuos testimonios, y Buckingham y Shaftesbury, aun cuando comprendían que todo era patraña, no lo desmentían por convenir á sus proyectos y parecerles la muerte de un inocente cosa baladí, y los jurados participaban de la opinión del pueblo, y los magistrados los alentaban á dar libre curso á sus apreciaciones, y la multitud vitoreaba y aplaudía incansable á Oates y á sus socios, y apedreaba y escarneaba de igual modo á cuanto testigo se declaraba en favor de los acusados, y rompía en aullidos de alegría cuando se pronunciaban veredictos de culpabilidad, era en vano que las víctimas invocaran el recuerdo de sus honrados antecedentes, pues hasta ese testimonio redundaba en su daño, por hallarse persuadida la opinión pública de que, cuanto más escrupuloso fuera un católico, tanto más probable sería que conspirase contra el Gobierno protestante; y en vano era también que antes de morir pusieran al cielo por testigo de su inocencia, porque también la opinión pública estaba persuadida de que los buenos católicos reputaban no sólo por excusable, sino hasta por meritoria la mentira, siendo útil á su Iglesia.

## XLV.

## VIOLENCIA DE LA NUEVA CÁMARA DE LOS COMUNES.

Mientras que por tal modo y con apariencias de justicia se derramaba sangre inocente, se reunía el Parlamento; y era tanta la violencia del partido predominante, que hasta los hombres cuya juventud pasó entre revoluciones, que recordaban el proceso de Strafford, el atentado contra los cinco individuos de la Cámara de los Comunes, la supresión de la alta Cámara y la muerte del Rey en cadalso, veían con miedo el aspecto de los negocios públicos. Con estas disposiciones reanudó la Cámara el proceso de Danby. Invocó el acusado el perdón de S. M.; pero los representantes del pueblo calificaron desdeñosamente su recurso é insistieron en la continuación de la causa. Con todo y así, no era Danby la persona que más aborrecían, sino el Duque de York, por hallarse persuadidos de que sólo había un medio eficaz de asegurar á la patria sus libertades y su culto, y este, su exclusión del trono.

Hallábase con esto perplejo el Rey, que había insistido para que su hermano, cuya sola presencia en las calles ponía fuera de sí al populacho, se instalara en Bruselas, viendo que aquella medida no bastaba. Ni tampoco era posible que pudiera satisfacer al partido de los Motilones que prevalecía, pues los centenares de miles que en la época de la Restauración se mostraron parciales de las prerrogativas del monarca, se inclinaban entonces á lo contrario. Y como, aun en-

tre los antiguos Caballeros, muchos participaban del miedo general á los católicos, y no pocos se hallaban profundamente ofendidos de la ingratitud del príncipe á quien tantos sacrificios hicieron sin moverlo á gratitud, todos veían su desgracia con tanta indiferencia cuanta él mostró por la de ellos. ¡Qué más, si hasta el mismo clero anglicano, mortificado y temeroso con la singular apostasía del Duque de York, agitaba la oposición y unía cordialmente la eficacia de su palabra y cuantos estímulos creía eficaces á subir de punto el clamor popular contra los católicos romanos!

## XLVI.

## TEMPLE Y SU PLAN DE GOBIERNO.

Recurrió el Rey en esta extremidad á sir William Temple, hombre público que había conservado sin tacha su reputación de honradez, y el primero entre los más dignos de su tiempo. La Triple Alianza fué obra suya; y como se negó después á contribuir á la política de la Cábala mientras ocupó el poder, vivió apartado de los negocios, en su retiro, de donde salió á instancias de Danby para negociar la paz con Holanda, contribuyendo eficazmente al casamiento de María con su primo el Príncipe de Orange; y sobre tener por tanto el mérito de las pocas cosas buenas realizadas por el Gobierno desde la Restauración, no podía imputársele ninguno de los crímenes y errores tan numerosos durante los últimos diez y